



PROCESOS URBANOS
CONTEMPORÁNEOS

Ana Lucía Sánchez G.

Editora

COLECCIÓN MARÍA RESTREPO DE ÁNGEL

FUNDACIÓN ALEJANDRO ÁNGEL ESCOBAR
Carrera 7 No. 71-52, Torre A, Of. 406, Tels.: 3120150/51
Fax 3120152. E-mail: fundaaes@uniandes.edu.co

PROCESOS URBANOS
CONTEMPORÁNEOS

Ana Lucía Sánchez G.
Editora

Diseño de cubierta: Marta Granados

Primera edición: septiembre de 1995

Coordinación editorial: Sonia Cárdenas Salazar con la colaboración
de René Palencia Ramos

© Fundación Alejandro Ángel Escobar

ISBN 958-95789-2-6

Edición, armada electrónica,
impresión y encuadernación:
Tercer Mundo Editores

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

COMENTARIO

María Teresa Uribe de Hincapié*

La doctora Ziccardi nos hace en su exposición un recorrido, a mi juicio bien logrado, de las experiencias latinoamericanas en el campo de lo urbano durante los últimos 20 años y una síntesis de los puntos nodales del debate en el momento actual. Vale la pena resaltar la intención pedagógica de su ponencia y la forma sistemática y ordenada de su desarrollo. La historia de la ciudad colombiana y latinoamericana es una historia muy reciente, de los últimos 50 años. No estamos frente a las ciudades europeas que llevan siete siglos de historia. La doctora Ziccardi desarrolla, de manera propia, la historia de la ciudad latinoamericana.

En su exposición plantea problemas interesantes que ameritan ser resaltados. Pero yo prefiero referirme a algunos asuntos más globales de la ponencia que nos permiten pensar en los problemas específicamente colombianos. Ella parte de la utopía latinoamericana de los años sesenta, cuyos ejes centrales fueron la reforma urbana y la reforma agraria, para llegar a los años noventa, con la propuesta de otra utopía: la ciudad que queremos, la ciudad bien administrada, con una gestión limpia y transparente, la ciudad de los ciudadanos. La noción de la utopía de los años sesenta y de los noventa atraviesa su texto, es su elemento estructurante. No considero que ello sea malo, todo lo contrario. Y al igual que Jordi Borja, creo que la ciudad latinoamericana debe ser pensada desde el proyecto, desde el futuro; con el sentido de lo que queremos que sea teórica y políticamente. Por esto reivindicó la utopía como un elemento de construcción de ciudad en América Latina y la reconozco en la ponencia de

* Socióloga, máster en Planeación Física y Urbana. Profesora de la Universidad de Antioquia.

Alicia Ziccardi. La preocupación es: ¿qué sería rescatable de la utopía de los años sesenta?, ¿qué queda de esa utopía de las reformas urbanas? Aunque ya no hablemos de la estrategia revolucionaria para cambiar las condiciones fundamentales y, por tanto, para resolver el problema urbano, pienso que sigue siendo vigente la preocupación por entender la ciudad, no en ella misma, sino como una expresión de lo económico, social y cultural. Cada vez más el análisis de lo urbano se desplaza de lo puramente físico-infraestructural hacia lo político y cultural.

También es importante la idea de resolver el problema de la pobreza urbana. No lo resolvió la utopía de los años sesenta, y no lo hemos resuelto todavía. El modelo neoliberal que se avecina hace cada vez más difícil la solución. Sin embargo, sigue siendo un asunto de primer interés para los urbanistas, para los investigadores sociales, para todos los comprometidos en el futuro y el presente de las ciudades. Es como si nuestra mala conciencia estuviera reclamándonos por ello. Obviamente, ha habido también un desplazamiento de intereses y la preocupación se centra más en la ciudadanía. Se ha trasladado de la solución de las necesidades básicas inmediatas al mundo de la libertad. Se ha pasado de los problemas de la vecindad a los de la ciudad global. Los pobladores pueden decidir sobre los grandes problemas urbanos y no sólo sobre los pequeños. Los problemas de la vivienda, del agua potable, son problemas del medio ambiente, pero circunscritos a sus vecindades. Lo que necesitamos es una presencia orgánica y definitiva de todos los sectores sociales en las decisiones urbanas. En ello está la posibilidad del pluralismo y la democratización. Ese tránsito hacia la ciudadanía del simple poblador que pelea por un lugar en la ciudad, al poblador que pelea por el derecho a la ciudad, supone, obviamente, un cambio de lo inscrito en el mundo de la necesidad hacia una forma democrática más moderna.

También es pertinente preguntarnos por el problema de la fragmentación de los ámbitos urbanos. La doctora Ziccardi decía que el problema de nuestra fragmentación no es un resultado del agotamiento del proceso de urbanización como sucede en los países más desarrollados, sino que obedece a la pervivencia de las formas tradicionales de vida. Tenemos ciudades sin ciudadanos, sin democracia, sin referentes simbólicos. La mayor parte de nuestras ciudades gira en torno a simples aglomeraciones de vivienda. La noción del ciudadano de la modernidad no existe para nosotros. Todavía nuestras ciudades son ciudades de campesinos aunque éstos lleven una o dos generaciones en la ciudad, ya que la pervivencia

de formas culturales tradicionales dificulta cualquier proceso de cohesión social. Y no porque los campesinos hayan insistido en la forma tradicional, sino por el contrario, la restricción y la incapacidad de las élites urbanas que residen allí han dificultado la apertura hacia el pluralismo. La ciudad es plural y, sin embargo, nuestras ciudades tienden a ser muy homogéneas y muy excluyentes. Excluyentes de la diferencia. Esa noción de pluralidad cultural que acompaña el desarrollo urbano es todavía un proyecto por construir, al menos en la mayor parte de las ciudades colombianas.

Por tanto, las utopías de los años sesenta siguen siéndolo en los noventa, y por el hecho de preocuparnos por los procesos de privatización, la globalización de la economía, la desterritorialización que supondría unos nuevos emplazamientos económicos devenidos de un nuevo modelo económico, no debemos dejarlas sin soluciones.

Frente a la crisis de la utopía de los sesenta, según la doctora Ziccardi, aparece como su contrapartida la estrategia de la descentralización en los ochenta. Debemos reconocer el fracaso rotundo de la planificación de los sesenta. Una planificación racional, pero de un racionalismo puramente instrumental que abolió la política porque supuestamente eran los técnicos quienes sabían qué debía hacerse con la ciudad y porque la política era considerada clientelista. Esa racionalidad que nunca pasó por las calles ni barrios nuevos formados por los grupos que llegaban a la ciudad. Lo que llamamos la ciudad, creada a partir de la empanada que se vende el domingo, no existía para los planificadores. Mientras éstos ideaban la ciudad, los pobladores la construyeron a su manera, respondiendo a sus necesidades, a sus formas de organización, para dar como resultado estas ciudades que conocemos hoy: caóticas, pobres, violentas, pero con una gran dosis de imaginación, de creatividad, de posibilidad de desarrollarse.

Estoy de acuerdo con Jordi Borja en que las ciudades agonizantes constituyen una posibilidad de crecimiento, porque son las que luchan por sobrevivir. Yo vengo de una ciudad agonizante, pero que también tiene esa capacidad de pelear para crear unas nuevas organizaciones. La vida se mueve, crea, produce, está ahí, fragmentada, dispersa, violenta, pero solamente desde el futuro, desde el proyecto y desde un sentido que otorga la utopía puede ser comprendida y coordinada. Y únicamente la política puede reconstruir lo público.

No se puede seguir pensando que la administración o la gestión de las ciudades es un asunto meramente administrativo, de buenos funcio-

narios honestos, aunque sería ideal. Pero no tenemos ni buenos funcionarios ni funcionarios honestos y aun si tuviéramos los mejores funcionarios del mundo, el problema no sería puramente administrativo. El problema de la mayor parte de las ciudades colombianas es que no tenemos una noción de lo público, integrada y asumida con función del referente de identidad frente a las crisis del drama de violencia de nuestras ciudades.

El sentido de construir ciudad se convierte necesariamente en el sentido de reconstruir lo público. En el sentido de convertir en público lo común y lo colectivo. Si no desprivatizamos lo público, no habrá posibilidad de tener ciudad en el presente y menos en el futuro.

Por otra parte, es necesario que la administración local se preocupe por los problemas de supervivencia y de violencia. La gestión, la administración y la descentralización tienen que pasar por asumir esta función como una de las fundamentales, tanto de la gestión pública como de la sociedad civil organizada, vinculada a los procesos de participación y de descentralización. Así como la preocupación por el medio ambiente empieza ya a convertirse en un foco de gestión de la administración, también debe hacerlo la preocupación por el respeto a los derechos humanos, por las formas mínimas de la convivencia social, por disminuir los umbrales de tolerancia a la violencia, pues cuando los alcaldes, concejales y políticos no tienen nada que ver con ello porque lo resuelve la policía —y supremamente mal resuelto—, se anulan por completo las posibilidades reales de una buena gestión pública.

En las ciudades colombianas uno de los elementos básicos de la gestión debe ser el problema de la convivencia ciudadana, el de la supervivencia social, el de la defensa de los derechos humanos y de la disminución de la violencia. Porque de otra manera cualquier gestión, por limpia, transparente y eficiente que sea, resulta totalmente superflua en una ciudad donde existe una tasa de unos 15 ó 20 asesinatos diarios. Entonces, ¿qué sentido tiene preocuparnos por una buena administración, cuando no podemos salir a la calle porque estamos al borde de un asesinato?

Por último, quisiera llamar la atención sobre otros dos aspectos que me parecen importantes en la ponencia de la doctora Ziccardi. El primero tiene que ver con lo que ella llama la descentralización o la intradescentralización: la descentralización en el interior de las ciudades. Yo no las llamaría grandes ciudades, pues la única ciudad grande que tenemos es

Bogotá, pero existen en Colombia ciudades tan conflictivas como las grandes, sin tener su tamaño. La descentralización de las grandes ciudades amerita ser mirada no sólo a partir de estructuras administrativas y legales, como se ha hecho, sino también en términos de la inserción de nuevos sectores periféricos en la vida urbana de la ciudad tradicional. En los años sesenta llamábamos “marginales” a los campesinos recién llegados; en los ochenta los llamamos “excluidos”; en los noventa los estigmatizamos porque los consideramos culpables del deterioro de la ciudad. Y del estigma pasamos fácilmente a la violencia para liquidarlos por la fuerza, con “limpieza” urbana. Entonces, ¿cuál es la estrategia de incluirlos, de llamarlos a participar? ¿Desde qué lugar, a través de qué procesos? Yo respeto mucho las juntas administradoras locales y administraciones descentralizadas, pero éste no es el problema. Es el de la inclusión desde la pluralidad porque la simple estructura administrativa la posibilita, pero tiene grandes limitaciones.

La doctora Ziccardi dice que estamos ante un nuevo orden mundial, una globalización de la economía, tendencias muy diferentes. Ya no estamos en la ciudad de los años sesenta dependiente de la industrialización. La tecnología permite la fragmentación y descentralización de la producción. Estamos frente a un nuevo modelo. La preocupación que surge es ¿de qué manera este nuevo orden internacional, la globalización de la economía, los procesos de privatización, etc., por lo menos en Colombia, van a cambiar los modelos del desarrollo colombiano? ¿Por qué lugares van a pasar?

Nuestro desarrollo económico-industrial se localizó en las montañas antioqueñas y en el altiplano cundiboyacense. Pero es posible que el nuevo modelo económico nos redefina esta localización. Obviamente Bogotá es la capital de la república y eso le genera ciertos niveles de estabilidad. Pero no sucede igual en otros lugares. Quizá las ciudades del siglo XXI van a ser las ciudades de la Costa Atlántica, por ejemplo. Y otras ciudades van a perder población, actividad económica y dinamismo, aunque les ofrezcamos a los inversionistas muchas posibilidades. De todas maneras la economía es implacable en eso, plantea problemas urbanos diferenciales. Es absolutamente diferente pensar en el problema urbano de una ciudad como Cartagena o como Barranquilla que con seguridad va a estar relacionado con procesos rapidísimos de crecimiento, y pensar en ciudades como Medellín cuya industrialización está en crisis y que posiblemente empiece a perder población. Yo pienso que las ciudades

del siglo XXI van a ser Aguazul o Tauramena, o las relacionadas con la explotación del petróleo, o la Jagua de Ibirico.

Debemos diseñarlas desde el proyecto, desde el futuro, desde el impacto de la realidad, para empezar a resolver problemas esencialmente distintos, de acuerdo con los efectos diferenciales del proceso de apertura. La ponencia de la doctora Ziccardi me planteó muchos interrogantes, y quería compartirlos con ustedes y dejarlos como elementos para el debate.

El primer punto que me gustaría compartir con ustedes es el de la inclusión de las ciudades en el desarrollo económico. En los últimos años, hemos visto un crecimiento muy fuerte de las ciudades, pero este crecimiento no ha sido homogéneo. Hay ciudades que están creciendo mucho más rápido que otras. Esto nos plantea el problema de la inclusión de las ciudades en el desarrollo económico. ¿Cómo podemos asegurar que todas las ciudades tengan acceso a los recursos necesarios para crecer? ¿Cómo podemos diseñar políticas que permitan una distribución más equitativa de los recursos? Estas son algunas de las preguntas que me gustaría discutir con ustedes.

El segundo punto que me gustaría compartir con ustedes es el de la sostenibilidad del desarrollo. En los últimos años, hemos visto un crecimiento muy fuerte de las ciudades, pero este crecimiento no ha sido sostenible. Hay ciudades que están creciendo mucho más rápido que otras, pero a un costo muy alto. Esto nos plantea el problema de la sostenibilidad del desarrollo. ¿Cómo podemos asegurar que el crecimiento de las ciudades sea sostenible? ¿Cómo podemos diseñar políticas que permitan una distribución más equitativa de los recursos? Estas son algunas de las preguntas que me gustaría discutir con ustedes.

El tercer punto que me gustaría compartir con ustedes es el de la gobernanza de las ciudades. En los últimos años, hemos visto un crecimiento muy fuerte de las ciudades, pero este crecimiento no ha sido gobernado de manera efectiva. Hay ciudades que están creciendo mucho más rápido que otras, pero a un costo muy alto. Esto nos plantea el problema de la gobernanza de las ciudades. ¿Cómo podemos asegurar que el crecimiento de las ciudades sea gobernado de manera efectiva? ¿Cómo podemos diseñar políticas que permitan una distribución más equitativa de los recursos? Estas son algunas de las preguntas que me gustaría discutir con ustedes.